

nion pública. Los primeros declaran osadamente que la conveniencia, sino necesidad, había exigido aquella muerte, y censuran en términos nada mesurados, el carácter de la desgraciada víctima (1). Los últimos, por otra parte, al paso que atenúan los errores del Inca y hacen justicia á su buena fé, condenan sin reserva la conducta de los conquistadores, sobre la cual dicen que el cielo puso el sello de su reprobacion haciendo que todos ellos tuviesen un fin temprano y miserable (2). La sentencia de los contemporáneos ha sido ratificada por la posteridad (3); y la persecucion de Atahuallpa es considerada con justicia como una mancha indeleble sobre las armas españolas en el Nuevo Mundo.

CAPITULO VIII.

Desórdenes en el Perú.—Viaje al Cuzco.—Encuentro con los peruanos.—Chalcuchima muere en las llamas.—Llegada al Cuzco.—Descripcion de la ciudad.—Riquezas que se encontraron.

1533—1534.

El Inca del Perú era el soberano de aquel imperio en un sentido particular. Recibia de sus vasallos una obediencia mas implicita que ningun otro déspota; porque su autoridad alcanzaba hasta lo mas secreto de la conducta individual, hasta los pensamientos del individuo. Era reverenciado como un ser sobrehumano (4). No solamente era cabeza del Estado, sino tambien el punto donde se concentraban todas sus instituciones y la piedra fundamental de la fábrica política que debía arruinarse por su propio peso cuando esta faltara. Así sucedió en la muerte de Atahuallpa (5), con la cual, no solo quedó el trono va-

(1) Ya he referido los insultantes epítetos con que habla Xerez de la crueldad del Inca. Esta narracion fue impresa en España en 1534, un año despues de la ejecucion. «El soberbio tirano, dice el otro secretario Sancho, hubiera pagado las bondades y buen tratamiento que recibió del gobernador y de todos nosotros con la misma moneda en que sabia pagar á sus propios súbditos sin falta alguna de su parte, esto es, haciéndoles dar muerte.» (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, t. III, fol. 599.) «Merecia morir, dice el antiguo conquistador español antes citado, y todo el país se regocijó al saber que le habíamos quitado de en medio.» Rel. d'un capitano spagnuolo, ap. Ramusio, tomo III, fol. 577.

(2) «Las demostraciones que despues se vieron bien, manifiestan lo muy injusta que fue... puesto que todos cuantos entendieron en ella tuvieron despues muy desastradas muertes.» (Naharro, Relacion sumaria, MS.) Gomara usa de un lenguaje casi idéntico. «No aí que reprehender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues; ca todos ellos acabaron mal.» (Hist. de las Ind., cap. CXVIII.) Segun el primero de estos escritores, Felipillo pagó sus crímenes poco tiempo despues, siendo ahorcado por orden de Almagro en la expedicion á Chile, donde, como algunos dicen, «confesó haber variado el sentido de las declaraciones, suponiendo que eran contra Atahuallpa las que se dirigian á manifestar su inocencia.» Oviedo, generalmente dispuesto á escusar los excesos de sus compatriotas, condena tambien su conducta en la muerte del Inca (véase el Apéndice núm. 10), muerte que, dice otro contemporáneo, «llena de compasion á todo el que tiene una chispa de humanidad en su pecho.» Conquista i Pob. del Pirú, MS.

(3) De esto da el mas eminente ejemplo Quintana en su vida de Pizarro (Españoles célebres, tomo II), en la cual el escritor elevándose sobre las nieblas de las preocupaciones nacionales que á menudo ofuscan la vista de sus compatriotas, sostiene con mano imparcial la balanza de la critica histórica, y condena decididamente la conducta de los autores de aquellas escenas funestas.

(4) Tal era el respetuoso temor que se tenia al Inca, dice Pizarro, que no necesitaba sino mandarlo para que un peruano se lanzase á un precipicio, se ahorcase ó pusiese fin á su vida del modo que se lo mandara. Descub. y Conq., MS.

(5) Oviedo nos dice que el verdadero nombre del Inca era *Atabaliva*, y que los españoles le pronunciaban mal, porque se cuidaban mas de apoderarse de los tesoros que de saber el nombre de su propietario. (Hist. de las Indias, MS., parte III,

cante sin sucesor cierto, sino que se dió á entender á los peruanos, que una mano mas fuerte que la de sus Incas había empuñado el cetro, y que la dinastía de los hijos del Sol había desaparecido para siempre.

Siguiéron á esta conviccion sus naturales consecuencias. Alteróse el órden admirable de las antiguas instituciones tan luego como desapareció la autoridad que las protegía y vigilaba. Los indios, rotos los frenos poderosos que hasta entonces los habian sujetado, se entregaron á los mayores excesos. Hubo pueblos quemados, templos y palacios saqueados y los tesoros que contenian fueron robados ó ocultados. El oro y la plata adquirieron importancia á los ojos de los peruanos luego que estos vieron la que tenian á los ojos de sus conquistadores; y los metales preciosos que antes no servian sino para objetos de pompa y ostentacion ó para el adorno de los templos, fueron recogidos y enterrados en las cuevas y en los bosques, de tal modo, que se afirma que lo escondido escedió en mucho á lo que cayó en manos de los españoles (6). Las provincias remotas del imperio sacudieron el yugo de los Incas. Sus grandes capitanes á la cabeza de distantes ejércitos se alzaron con ellas. Ruminavi, gefe que mandaba en las fronteras de Quito, intentó segregar aquel reino del imperio peruano, y restablecer su antigua independencia. En una palabra, el país se hallaba en ese estado en que lo antiguo va desapareciendo sin que el nuevo órden de cosas haya podido establecerse todavía, es decir, en un estado de revolucion.

Los autores de la revolucion, Pizarro y su gente, permanecian entre tanto en Caxamalca. Pero el primer paso del gefe español fue nombrar sucesor á Atahuallpa; pues era mas fácil gobernar á nombre de la autoridad venerada á que tan acostumbrados estaban los indios, y no era difícil encontrar un sucesor á aquel soberano. El legítimo heredero de la corona era un hijo segundo de Huayna Capac llamado Marco, hermano carnal del desgraciado Huascar. Pero Pizarro no sabia en qué disposicion se hallaba este príncipe respecto á los españoles, y por consiguiente no tuvo escrúpulo en preferir á él un hermano de Atahuallpa y presentarle á los nobles indios como su futuro Inca. Ninguna noticia tenemos acerca del carácter del joven Toparca, que probablemente se resignó sin repugnancia á un destino, que aunque humillante bajo ciertos puntos de vista, era mas elevado del que podia esperar en el órden natural de los sucesos. Observáronse en cuanto lo permitian las circunstancias, las ceremonias ordinarias de la coronacion que se usaban en el Perú; el joven Inca vió ceñidas sus sienes con la borla imperial por la mano de su conquistador, y recibió el homenaje de sus vasallos peruanos, los cuales se le tributaron con tanta menor repugnancia, cuanto que la mayor parte de los que se hallaban en el campamento pertenecian á la faccion de Quito. Dirigieron despues todos ansiosamente sus pensamientos al Cuzco, del cual circulaban las mas sorprendentes noticias entre los soldados, así como de sus templos y palacios reales que se decia resplandecian con oro y plata. Con la imaginacion así exal-

lib. VIII, cap. XVI.) Sin embargo, he preferido seguir la autoridad de Garcilasso que, como peruano y cercano pariente del Inca, debía de estar mejor informado. «Mis compatriotas, dice, pretendian que los gallos que los españoles llevaron al Perú cuando cantaban pronunciaban el nombre de Atahuallpa, y yo y otros muchachos indios cuando íbamos á la escuela nos entreteníamos en remedarlos.» Com. Real, parte I, lib. IX, cap. XXIII.

(6) «Que lo que el Inca dió á los españoles, dijo uno de los nobles indios, Abenalcázar, conquistador de Quito, era como un grano de maiz comparado con los montones que tenia delante.» (Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XXII.) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS., Relacion del primer descub., MS.

tada, Pizarro y toda su tropa, que se componia de cerca de quinientos hombres, de los cuales como una tercera parte eran de caballería, salieron á principios de setiembre de Caxamalca, lugar para siempre memorable por haber sido teatro de una de las mas extrañas y sanguinarias escenas que recuerda la historia. Todas iban con grande entusiasmo, los de Pizarro con la esperanza de doblar sus riquezas y los de Almagro con la de adquirir otras tantas como habian adquirido los primeros conquistadores (1). El joven Inca y el antiguo gefe Chalcuchima les acompañaron en sus literas servidos por numeroso séquito de vasallos, y caminando con tanta ostentacion y ceremonia como si se hallaran en verdadera posesion del poder (2).

Tomaron el gran camino de los Incas que se extendia entre las elevadas regiones de las cordilleras hasta el Cuzco. Era este un camino casi uniforme aunque construido en unas partes con mas y en otras con menos cuidado segun la naturaleza del terreno (3). Unas veces cruzaba llanos y halagüeños valles que ofrecian pocos obstáculos al viajero; otras seguia el curso de un torrente que descendia de una montaña é iba á estrellarse en la base de alguna enorme roca dejando un pequeño espacio donde podia fijarse el pie; otras en fin donde la sierra era tan fragosa que parecia imposible pasar adelante, el camino, acomodado á las sinuosidades naturales del terreno, iba costeano las eminencias que hubiera sido imposible subir en línea recta (4).

Pero aunque construida con gran destreza presentaba graves obstáculos al paso de la caballería. En la montaña habia abiertos escalones; pero las puntas de roca lastimaban los cascos de los caballos; y aunque los ginetes se apeaban y les llevaban por la brida, padecian mucho en los esfuerzos que hacian para apoyar los pies (5). El camino estaba construido para el hombre y para el ligero pie del llama; y el único animal de carga que mas fácilmente podia pasar por él era la sagaz y segura mula, de que los españoles no se habian aun provisto. Por una singular casualidad la España era el país que producía mayor número de mulas; y así en breve se proveyeron los conquistadores de los animales que parecen haber sido criados para atravesar los pasos dificultosos de las cordilleras.

Otro obstáculo de los que á menudo se les presentaban eran los torrentes profundos que furiosos se precipitaban de los Andes. Sobre estos torrentes habia puentes colgantes de mimbre, frágil material que, al cabo de tiempo, roto por los pesados pies de la caballería, aumentó con los agujeros que en él se hicieron los peligros y dificultades del paso. En tales ocasiones los españoles continuaban su camino atravesando los rios en balsas y llevando á los caballos á nado por la brida (6).

En toda la estension del camino hallaron establecidas casas de posta á distancias regulares para albergar á los correos del gobierno; y almacenes de

(1) Los primeros conquistadores, segun Garcilasso, fueron muy honrados y respetados por los que llegaron despues, aunque en general eran hombres de menos consideracion y fortuna que estos últimos. Com. Real, parte I, lib. VII, capítulo IX.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 400.

(3) «Va todo el camino de una traza y anchura hecho á mano.» Relacion del primer descub., MS.

(4) «En muchas partes viendo lo que está delante parece cosa imposible poderlo pasar.» Relacion del primer descubrimiento, MS.

(5) Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo III, folio 404.

(6) Ibid., ubi supra.—Relacion del primer descubrimiento MS.

granos y otros artículos en las principales ciudades, destinados para los ejércitos indios. Así los españoles se aprovecharon de la prudente prevision del gobierno peruano.

Despues de haber atravesado varias poblaciones pequeñas y otras de alguna nota de las cuales las principales eran Guamachucho y Guanuco, Pizarro y su gente al cabo de algun tiempo de fatigosa marcha llegaron á la vista del rico valle de Xauxa. La marcha aunque incómoda no les habia hecho padecer demasiado, excepto al cruzar las erizadas cuestas de las cordilleras que obstruian el camino, asperezas que hacian resaltar la hermosura de los valles engastados como perlas en aquella elevada region. Al pasar la montaña les incomodó bastante el frio; pues para que la marcha fuese mas rápida se habian dejado atras todo el bagaje supérfluo y no llevaban consigo ni aun tiendas (7). Los frios vientos de las montañas penetraban el espeso arnés de los soldados; pero los pobres indios, vestidos mas ligeramente y acostumbrados al clima de los trópicos padecieron mucho. El español parecia tener cierta osadía de cuerpo como la que tenia de alma, que le hacia casi no sentir los rigores del clima.

No les molestaron enemigos en su marcha; pero mas de una vez encontraron vestigios de ellos en pueblecitos inmediatos y en arruinados puentes. De cuando en cuando habian llegado á oídos de Pizarro rumores relativos á guerreros que le seguian las huellas; de cuando en cuando tambien se habian visto pequeñas tropas de indios como oscuras nubes al extremo del horizonte, que se desvanecian al acercarse los españoles; sin embargo, al llegar á Xauxa estas nubes se reunieron formando una negra masa de guerreros en la opuesta orilla del rio que atravesaba el valle.

Adelantáronse los españoles hácia el rio que aumentado con las nieves era entonces de considerable anchura, aunque no muy profundo. El puente habia sido destruido; pero los conquistadores sin vacilar se arrojaron resueltamente al agua y nadando y vadeando como mejor pudieron llegaron á la orilla opuesta. Desconcertados los indios con este movimiento que no habian previsto, pues fiaban en la defensa que les ofrecia el rio, tomaron la fuga despues de haber hecho un impotente disparo de sus armas arrojadizas. El miedo dió alas á los fugitivos; pero el caballo y su ginete eran mas ligeros y los vencedores tomaron sangrienta venganza de sus enemigos por haberse atrevido aun á pensar en la resistencia.

Xauxa era una ciudad muy considerable de la cual ya hemos dado noticia al hablar de la visita que la hizo Hernando Pizarro. Estaba situada en medio de un verde valle fertilizado por mil pequeños arroyuelos que el industrioso agricultor indio hacia salir del gran rio que atravesaba mansamente los prados. En ella habia varios edificios grandes de piedra tosca y un templo de alguna nota en tiempo de los Incas. Pero el fuerte brazo del padre Valverde y de sus compatriotas derribó en breve los ídolos de su elevado puesto y puso en su lugar las imágenes de la Virgen y del niño.

En Xauxa se propuso Pizarro hacer alto por algunos dias y fundar una colonia española. Creia favorable la posicion para tener en jaque á los indios de la montaña y para establecer al mismo tiempo fáciles comunicaciones con la costa. Entre tanto determinó enviar adelante á Soto con un destacamento de sesenta caballos para reconocer el país y recomponer los puentes destruidos por el enemigo (8).

(7) «La notte dormirono tutti in quella campagna, senza coperto alcuno, sopra la neve ne pur hebber souvenimento di legne ne da mangiare.» Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol 401.

(8) Carta de la justicia y regimiento de la ciudad de Xauxa,

El activo Soto salió inmediatamente para cumplir su comision, pero encontró grandes obstáculos en su marcha. Las huellas del enemigo eran mas frecuentes á medida que avanzaba. Encontró pueblos quemados, puentes destruidos, pesadas piedras y grandes árboles en medio del camino para impedir la marcha de la caballería. Al llegar cerca de Bilcas, ciudad importante en otro tiempo aunque ahora borrada del mapa, tuvo que sostener una séria escaramuza con los indios en un desfiladero, la cual le costó la vida de dos ó tres de sus soldados. La pérdida no fue grande; pero cualquiera pérdida hacia sensacion en los españoles por lo poco acostumbrados que estaban de algun tiempo á aquella parte á que se les opusiese resistencia.

Continuando mas adelante el capitan español cruzó el rio Abancay y las caudalosas aguas del Apurimac; y al llegar cerca de la sierra de Vilcacongá supo que un cuerpo considerable de indios le esperaba en los peligrosos pasos de la montaña. La sierra estaba á algunas leguas del Cuzco; y Soto, deseoso de llegar al otro lado de ella antes de que anocheciese, precipitó incautamente la marcha de sus cansados caballos. Luego que hubo penetrado completamente entre las rocas y desfiladeros, una multitud de indios armados, saliendo al parecer de las cavernas y espesura de la sierra llenaron el aire de gritos guerreros, y como si fueran un torrente de sus montañas, cayeron sobre los invasores mientras estos subian trabajosamente los escalones abiertos en el camino. Hombres y caballos quedaron trastornados con la furia del ataque, y los que marchaban los primeros retrocediendo sobre los que iban detras esparcieron la ruina y la consternacion en las filas. En vano procuró Soto restablecer el orden y si posible fuera tomar la ofensiva. Las armas arrojadas cegaban y aturdian á los caballos y los indios desesperados se colgaban de sus piernas para evitar que siguiesen subiendo por el camino abierto en la roca. Soto vió que si no llegaba á una plataforma que habia á cierta distancia, todo se perdía. Animando pues á su gente con el antiguo grito de combate que siempre llegaba al corazon del español, humilló las espaldas en los hijares de su cansado corcel, y sostenido animosamente por su tropa se abrió paso entre la densa nube de guerreros dispersándolos á derecha ó izquierda y logrando al fin llegar á la ancha plataforma.

Allí como de consentimiento mútuo suspendieron ambas partes el ataque por algunos instantes. Corria un riachuelo por aquella llanura en el cual los españoles abrevaron sus caballos; y habiendo recobrado los animales aliento, Soto y su gente dieron una carga desesperada á los indios. Estos la sostuvieron impertérritos y el resultado del combate era todavía dudoso cuando las sombras de la noche haciéndose por momentos mas espesas separaron á los combatientes.

Los españoles y los indios se retiraron entonces á sus respectivos campos, conservando sus puestos á tiro de ballesta unos de otros, de modo que las voces de los guerreros de ambas partes podian claramente ser oidas en el silencio de la noche. Pero eran muy diferentes las reflexiones que se hacian en cada una de las huestes: los indios animados con su triunfo momentáneo esperaban con confianza el dia para completarlo; los españoles por su parte estaban proporcionalmente desanimados; no habian previsto tal espíritu de resistencia en un enemigo hasta entonces tan pacífico. Varios hombres habian muerto en la pelea; uno de resultas de un golpe que le dió un peruano con su hacha de armas y que le abrió la cabeza hasta la barba, indicio del buen temple del arma y

MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Herrera, Hist. Gen., dec. V, lib. IV, cap. X.—Relacion del primer descub., MS.

de la fuerza del brazo que la manejaba (1). Tambien habian muerto algunos caballos, cuya pérdida fue casi tan sentida como la de los ginetes, por los grandes gastos y dificultades que se originaban para trasladarlos á aquellas distantes regiones. Pocos fueron los hombres y caballos que salieron ileso de la accion y los aliados indios padecieron todavía mucho mas.

Segun la pertinacia y cierto orden que reinaron en el ataque, parecia este haber sido dirigido por algun gefe de experiencia militar; tal vez por el indio Quizquiz, que, segun se decia, andaba recorriendo las inmediaciones del Cuzco con fuerzas considerables.

No obstante, las causas racionales que habia para temer el resultado del combate del dia siguiente, Soto, como gefe de ánimo esforzado, procuró reanimar á su gente. Díjoles que si habian hecho frente al enemigo cuando los caballos estaban cansados y sus propias fuerzas casi exhaustas, seria mucho mas fácil vencerle despues de restaradas con el descanso de una noche; y añadió que, «confiaba en el Todopoderoso que nunca abandonaria á sus fieles servidores en aquel estremo.» Los sucesos justificaron despues la confianza de Soto en este oportuno socorro.

De cuando en cuando en su marcha habia enviado avisos á Pizarro noticiándole la situacion amenazadora del pais, y al fin, este gefe sériamente alarmado, temió que Soto fuese arrollado por las fuerzas superiores del enemigo. Para evitarlo destacó en su auxilio á Almagro con casi todo el resto de la caballería sin darle infanteria para que pudiese caminar mas de prisa. Este activo gefe se adelantó á marchas forzadas, estimulado por las noticias que recibia en el camino, y tuvo la fortuna de llegar al pie de la sierra de Vilcasonga en la misma noche de la accion.

Sabedor del combate que acababa de darse siguió adelante sin querer dar descanso á los caballos á pesar de que estaban fatigados en estremo con la larga marcha. La noche era muy oscura, y Almagro temeroso de tropezar con el campamento enemigo y deseoso al mismo tiempo de informar á Soto de su llegada, mandó tocar las trompetas, cuyos acentos penetrando por los desfiladeros de las montañas despertaron á los soldados de Soto, sonando en sus oidos como la mas armoniosa música. A ellos respondieron con sus cornetas y pronto tuvieron la satisfaccion de abrazar á sus libertadores (2).

Grande fue el desaliento de las huestes peruanas cuando con la luz del dia descubrieron el nuevo refuerzo con que se habian aumentado las filas de los españoles. Era inútil pelear con un enemigo, cuyas fuerzas aumentaban á medida de su necesidad, y que parecia tener el poder de multiplicarse cuando le convenia. Así sin intentar nuevo combate se aprovecharon de la espesa niebla que cubria las colinas inferiores para efectuar su retirada y dejar á los españoles franco el paso. Entonces los dos gefes continuaron su marcha hasta que salieron con sus tropas de la sierra, y tomando posicion segura se propusieron esperar en ella la llegada de Pizarro (3).

Entre tanto, el comandante en gefe continuaba en Xauxa grandemente alarmado por los avisos que recibia acerca del estado del pais. Su empresa hasta entonces habia encontrado tan pocas dificultades, que no estaba mas preparado que su teniente á la resistencia abierta de los indios. No comprendia tal vez que el carácter mas pacífico puede al fin irritarse con

(1) Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo III, fol. 403.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Historia gen. dec. V, lib. V, cap. III.

(3) El encuentro de Soto con los indios le refieren con mas ó menos pormenores Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 403.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Relacion del primer descub., MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS., todos los cuales pertenecian al ejército.

la opresion, y que la muerte del Inca, á quien los indios miraban con tanto respeto y veneracion, podia ser un estímulo poderoso para sacarles de su apatía.

Las noticias que despues recibió de la retirada de los peruanos le llenaron por tanto de satisfaccion, y mandó que se dijese misas y se diese gracias al cielo, «que se habia mostrado tan propicio á los cristianos en toda aquella grande empresa.» El español fue siempre un cruzado. Era en el siglo xvi lo que *Corazon de Leon* y sus valientes caballeros eran en el siglo xii, con la diferencia de que estos peleaban por la cruz y por la gloria, y el español por el oro y por la cruz. El espíritu caballeresco se habia resfriado un poco ante el espíritu mercantil; pero el fuego del entusiasmo religioso todavía ardia tan vivo bajo la cota de malla del conquistador de América; como ardió en otro tiempo bajo la armadura de hierro del soldado de Palestina.

Parecia probable que alguna persona de autoridad hubiese organizado ó á lo menos ordenado la resistencia de los indios, y las sospechas recayeron sobre el cautivo gefe Challeuchima, el cual fue acusado de mantener correspondencia secreta con su confederado Quizquiz. Pizarro pasó á verse con el noble indio, y acusándole de autor de la conspiracion, le echó en cara, como antes habia hecho con el Inca, su ingratitud con los españoles que tan generosamente le habian tratado, y concluyó asegurándole que si no hacia que los peruanos depusiesen las armas y se sometiesen inmediatamente, le haria quemar vivo tan luego como llegasen al campamento de Almagro (1).

El gefe indio escuchó esta terrible amenaza con la mayor serenidad. Negó haber tenido comunicacion ninguna con sus compatriotas, y dijo, que hallándose prisionero no podia, mientras lo estuviese, hacer que se sometieran. Despues guardó un obstinado silencio y Pizarro no le volvió á hablar del asunto (2), pero le sometió á la custodia de una fuerte guardia y mandó ponerle grillos, procedimiento de mal agüero, pues habia sido el precursor de la muerte de Atahualpa.

Antes de salir de Xauxa sucedió una desgracia á los españoles con la muerte de su hechura el joven Inca Toparca. Las sospechas recayeron tambien sobre Challeuchima á quien ya atribuian los españoles todo lo malo que les sucedia (3). Sintió mucho Pizarro esta muerte, pues perdía con ella la oportunidad de cubrir sus actos futuros con aquella sombra de soberanía (4).

Pizarro consideró lo mas prudente, no aventurarse á perder sus tesoros llevándolos consigo; y los dejó por tanto en Xauxa bajo la custodia de cuarenta soldados que se quedaron allí de guarnicion. Ningun acontecimiento de importancia ocurrió en el camino, y reunidas las fuerzas de Pizarro con las de Almagro y Soto, penetraron en el valle de Xaquixaguama á unas cinco leguas del Cuzco. Era este valle uno de

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 406.

(2) Ibid., ubi supra.

(3) Segun la carta dirigida al emperador por el ayuntamiento de Xauxa, parece que ni aun las tropas llegaron á conocerse del crimen de Challeuchima. «Público fue, aunque dello no ubo averiguacion ni certinidad, que el capitan Challeuchima le abia dado ierbas á beber con que murió.» Carta de la Just. y Reg. de Xauxa, MS.

(4) Segun Velasco, Toparca, á quien llama por otro nombre, rasgó con desprecio la diadema que le diera Pizarro, y murió de dolor á las pocas semanas. (Hist. de Quito, tomo I, pág. 377.) Este escritor, que era un jesuita de Quito, parece que se creia obligado á defender á Atahualpa y su familia, como si espresamente se le hubiese encomendado su defensa. Sus testimonios, cuando consiente en presentar algunos, raras veces vienen en apoyo de sus dichos, de modo que puedan inspirarernos confianza en su exactitud.

aquellos sitios magníficos que tan á menudo se encuentran como enclavados en medio de los Andes, y cuya belleza resaltaba mas por el contraste que hacia con los cerros fragosos que le rodeaban. Atravesábale un rio, que regando el suelo mantenía en él una alfombra perpétua de verdor y la rica y lozana vegetacion le daba el aspecto de un jardin cultivado. La hermosura del sitio y su temple delicioso le hacian muy á propósito para residencia de los nobles peruanos, los cuales tenian en las laderas de los montes casas de campo, que les proporcionaban agradable mansion durante los calores del estío (5). Sin embargo, el centro del valle estaba desfigurado por un pantano de cierta estension producido por las frecuentes avenidas del rio, pero la industria de los arquitectos indios habia construido un sólido arrecife de grandes piedras, unido con el camino real que atravesaba en toda su latitud el pantano (6).

En este valle hizo alto Pizarro por algunos dias, para dar descanso á sus tropas y municionarlas en los bien provistos almacenes de los Incas. Su primer acto fue formar causa á Challeuchima, si causa puede llamarse un procedimiento en que la sentencia se dió la mano con la acusacion. No sabemos de qué naturaleza eran los testimonios que se alegaron en su contra, solo sí que fueron suficientes para que los capitanes españoles le declarasen culpado. Ni es enteramente increíble que Challeuchima hubiese estimulado secretamente la insurreccion del pueblo para alcanzar su libertad y la de su pais. Fue condenado á ser quemado vivo en aquel sitio, «sentencia, dice Herrera, que pareció á algunos demasiado cruel, pero los que se rigen por razones de alta política no atienden á ninguna otra (7).» No sabemos por qué adoptaban los españoles con preferencia este método cruel de ejecucion, á no ser que fuese porque el indio era infiel, y el fuego desde muy antiguo parece haber sido considerado el elemento mas á propósito para dar muerte á los infieles como tipo de la inextinguible llama que les esperaba en las regiones infernales.

El padre Valverde acompañó al gefe peruano al patíbulo, el cual presenció ansioso de aprovechar aquellos terribles momentos para conseguir la conversion de la victima. Pintóle con sombríos colores el terrible destino del infiel, á quien solo las aguas del bautismo podian proporcionar las inefables glorias del Paraíso (8). No parece que le prometiera commutacion alguna de la pena en este mundo. Pero sus argumentos se dirigian á un corazon de bronce, y el indio respondió friamente, «que no entendia la religion de los blancos (9).» Debe perdonársele que no comprendiese las bellezas de una fé que segun se ha visto le produjo tan amargos frutos. En medio de sus tormentos mostró el valor característico del indio americano, cuya facultad de sufrir triunfa del poder de persecucion de sus enemigos, y murió invocando el nombre de Pachacamac. Sus propios soldados reunieron los haces para alimentar las llamas que le consumieron (10).

Poco despues de este trágico acontecimiento, sorprendió á Pizarro la visita de un noble peruano que

(5) «Auiá en este valle muy sumptuosos aposentos y ricos, adonde los señores del Cuzco salian á tomar sus placeres y solazos.» Cieza de Leon, Crónica, cap. XCI.

(6) Cieza de Leon, Crónica, cap. XCI.

(7) Hist. general, dec. V, lib. VI, cap. III.

(8) Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo III, fol. 406.

(9) Ibid., loc. cit.

(10) Ibid., loc. cit.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista, MS.

El manuscrito del antiguo conquistador está muy deteriorado en este pasage, y gran parte de su narracion está completamente borrada.